

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

# Misterios de la creación artística

El proceso de creación artística y literaria suele tender trampas a los propios creadores. Pretenden estos que sus obras expresen determinadas ideas o sentimientos, pero las más de las veces la obra excede con creces esa intención primigenia o no alcanza a cumplirla. Por eso suelo desconfiar de esas entrevistas en que escritores y artistas se exhiben sobre sus obras, pues generalmente se refieren a lo que quisieron hacer y no a lo que objetivamente crearon.

Si don Miguel de Cervantes reviviera, seguramente nos diría que su Quijote es una forma de ironizar sobre los hidalgos que pululaban por España en su tiempo y si alguien le acotara que su novela es considerada la expresión máxima de la literatura occidental, don Miguel seguramente pensaría que le estaban tomando el pelo. Y, sin embargo es así, la pluma de Cervantes era más genial que él mismo.

Otro tanto sucedería con Dostoievski. A los periodistas, el escritor ruso les hablaría seguramente de su admiración por el zarismo y de sus ideas conservadoras. Y si alguien le asegurara que su obra es profundamente revolucionaria, no sólo



no lo aceptaría, sino que seguramente se ofendería.

Lo que sucede es que en la obra de verdadero valor caen las máscaras que solemos fabricarnos para convivir con el mundo y defendernos de nuestra fragilidad, para que la verdadera personalidad no quede expuesta en toda su grandeza o su infinita pequeñez. Ese es el tremendo riesgo de quienes se aventuran por los caminos del arte y de las letras.

Pero hay algo más. Aun cuando el creador haya logrado plasmar en su obra exactamente lo que pretendió, siempre habrá un elemento que lo distorsione. El lector o el espectador tienen sus propias vivencias, sus propias emociones y puede que encuentre en la obra otros significados que los que el artista pensó entregar. Y esa

emoción estética que le produce la obra es igualmente válida.

Tuve esa experiencia, hace un tiempo, cuando en México asistí a la exhibición de las esculturas de Louise Bourgeois, una escultora francesa radicada en EE.UU.

La exposición abarcaba distintas épocas de su producción, pero a mí me llamaron poderosamente la atención las que correspondían a su último período. Una de ellas era una instalación que correspondía a una celda donde yacía un cuerpo desnudo mutilado, junto a lo que indudablemente era una máquina de tortura. Otra era una extraordinaria figura en bronce, de un cuerpo descabezado en una posición que parecía indicar que el cuerpo acababa de

recibir una descarga eléctrica. Una gigantesca araña con sus largas extremidades invadiendo un espacio cerrado me hizo recordar la sensación de miedo, de represión y de odio que una vez vivimos los chilenos. Otras esculturas me rememoraron esos tiempos aciagos y, fascinado, no pude menos que reflexionar largamente en el maravilloso poder que tiene el arte de dar belleza aun a lo más deleznable.

Al salir de la exposición compré el libro que contenía fotos de las esculturas y ensayos sobre su autora. Sólo hace unos días lo tomé y lo leí y de pronto me di cuenta de que todas esas obras que yo había tomado como una denuncia, realizada con inefable belleza, contra la violación de los derechos humanos, estaban inspiradas en el recuerdo de la conflictiva relación que tuvo la escultora con su padre durante la infancia.

¿Me equivoqué yo? En absoluto. Independientemente de la intención de la autora, su obra remeció mi experiencia durante nuestra dictadura y obtuve de ella una emoción estética inolvidable.